

asimismo algunas de las mejores páginas que, desde el punto de vista del estilo, escribiera Rodó”.

Al hacer un balance de las “ideas en circulación” de Rodó, su estudio-so reconoce dos postulados fundamentales para su creación: 1) Sin estilo no hay obra realmente literaria, y 2) lucha por poner en circulación *ideas*. “Estilo e ideas son en Rodó algo así como obsesiones”, concluye Benedetti. Con esta consideración básica, se nos presenta la evolución de Rodó en ambos aspectos, estudio hecho con admirable objetividad, sensibilidad e inteligencia crítica. Comienza por discutir la inclusión del autor en el “fenómeno” del Modernismo —al que se acercara sobremanera en 1899, año de la publicación de su estudio sobre *Prosas Profanas*, en el que separa el talento personal de Darío de la vulgaridad de sus imitadores—; estudia a continuación su concepto del oficio literario; en rápidos pero penetrantes párrafos enfoca el *estilo* de Rodó, sosteniendo “no sólo es la parte más vulnerable de su labor literaria, sino también la más agotada, la más exangüe (...) las obras de Rodó son, muchas veces, buenas o excelentes ideas, mediocrementemente vestidas, o por lo menos vestidas con barroca cargazón verbal”. Negando la existencia de composiciones poemáticas de calidad, pasa a considerar posteriormente las parábolas rodonianas, “ilustraciones de un desarrollo intelectual” más que auténticas narraciones. Estrechamente unidas al estilo parabólico, está en Rodó el ensayístico; mayor independencia tiene el sector de crítica literaria.

Rodríguez Monegal se ha referido a las irregularidades de esta última fase de la labor de Rodó; por su parte Benedetti considera que esta zona no sólo es la más estimable de su obra, sino también “la parte de la misma que menos ha sufrido el riguroso castigo, la inevitable discriminación del tiempo”, y lamenta que no haya practicado el género con más asiduidad.

Concluye el importante trabajo de Benedetti con una valoración última del autor que estudia, que nos parece la más apropiada para comprender *qué significa* la figura de Rodó en el desarrollo del pensamiento y la literatura hispanoamericanos. Son muchos hoy en día los que se alzan negando rotundamente al autor de *Ariel* —por ejemplo, el joven dramaturgo y ensayista Carlos Maggi en su dolido análisis del Uruguay actual, publicado hace muy poco. Benedetti no se equivoca al sostener: es abusivo confrontar a Rodó con estructuras, planteamientos, ideologías actuales. Su tiempo es otro que el nuestro (...) su verdadero hogar, su verdadera patria temporal, era el siglo XIX y a él pertenecía con toda su alma y con toda su calma (...): lujoso remate de una época que se extingufa”.

M. C. P.

<https://doi.org/10.29393/At412-64PEMC10064>

*Prosa escogida*, de JUAN MONTALVO. Selección y estudio de Matilde Calvo de Gángara. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires, 1966

Nueve volúmenes lleva ya la colección “Clásicos Hispanoamericanos” que edita Plus Ultra: los dedicados a la poesía romántica argentina, a Lucio

V. López, Florencio Sánchez, José Martí, Eduardo Wilde, Estanislao del Campo, Gregorio de Lafarrére, Jorge Isaacs y el que presentamos en esta nota. Todos ellos están estructurados de una manera análoga e inspirados en una finalidad de difusión de conocimientos concretos, que justifica la forma en extremo explicativa y didáctica de las apuntes. Destinados a incrementar la divulgación de las mejores páginas de los autores más representativos de América, las selecciones, los comentarios y las bibliografías han sido encomendados a destacados profesores y críticos argentinos.

La obra que ahora nos ocupa se inicia con una presentación —muy sintética— del *cuadro de época*, en lo político, científico, artístico y literario, al que sigue un resumen cronológico de la vida de Montalvo.

De la introducción lo más valioso es, sin duda, las páginas en que la recopiladora —ex profesora de Lingüística de la Universidad Nacional del Litoral—, estudia la personalidad y la obra del autor. Previo aun a la antología misma, figura la bibliografía de Montalvo y una sumaria mención de los más importantes estudios que se han hecho sobre el autor de *Siete Tratados*: desde los libros completos de Anderson Imbert y Julio Moreno, hasta los comentarios y ensayos de Zaldumbide, Alfonso Reyes y Medardo Vitier. Al final del volumen aparece una antología de juicios sobre Montalvo: los formulados por Martí, Juan Valera, Unamuno, Rodó, Blanco Fombona, Angel Rosenblat, etc. Termina la obra, una lista de temas de estudio —inteligentemente elaborada— destinada a los que se interesen por profundizar en el conocimiento del autor.

Para quien entre en contacto por primera vez con la prosa de Montalvo este libro ofrece una utilidad indudable, pues encuentra en él las páginas selectas de las mejores obras del gran ensayista. Las líneas críticas introductorias, como la gran cantidad de notas que acompaña a cada texto, proporcionan además los elementos necesarios para iniciarse en su estudio.

Según la prologuista, “para comprender a Montalvo debe penetrarse en su soledad y en su amargura”. Por esa vía, precisamente, inicia su enfoque del *hombre* Juan Montalvo, señalando aspectos temperamentales, biográficos, familiares que explican en alguna medida ese rasgo constante de su ser, sus conflictos y fracasos que, después de volver de su primer viaje a Europa, serán identificados por él con los de su patria, que con el golpe de Estado de García Moreno pasa a ser —en expresión de Rodó— “un feudo de Roma”. Ante la dictadura, Montalvo huye primero a Europa, luego al pueblito de Ipiales, marco en el que redacta sus extraordinarios capítulos cervantinos y la mayor parte de los *Siete Tratados*.

En el prólogo se insiste en destacar lo ‘falsamente quijotesco’ de la imagen que trata Montalvo de hacer suya: “sus conciudadanos advirtieron el doblez de su figura y recelaron con razón de ese asceta solitario, severo censor, moralista rígido, que se demoraba con tanta minuciosidad en las descripciones de los ambientes palaciegos, de los placeres de la mesa y de la belleza de las mujeres. Lo vieron como un libre pensador, afanoso destructor de tiranos, que ocultaba al conservador autoritario, defensor de

esquemas coloniales y del valor de los países europeos frente a los americanos, y dudoso del papel del pueblo, de la educación de la mujer, de la igualdad entre los ciudadanos". Juicio audaz, que no todos suscribirían, pero que en cierta medida puede parecer válido si se leen cuidadosamente las obras del pensador ecuatoriano.

Al presentar al escritor, la prologuista aprovecha el certero y definitivo estudio que Anderson Imbert dedicara al "arte de la prosa en Juan Montalvo" (México, 1948). Con sólida base argumental y demostrativa, acepta la conclusión a que llega el historiador de la literatura hispanoamericana, y de él cita: "acaso la mayor expresión de energía de Montalvo, y más asombrosa, sea el haberse inventado en un rincón de América una lengua propia, lengua amasada con el barro de muchos siglos de literatura y amasada con el amor a la misma..." La lectura de las páginas selectas del ensayista ecuatoriano permiten comprobar la validez del acerto. Asimilación genial de los prosistas magistrales del siglo de oro hispánico y gran caudal de lectura francesa de la época; trabajo cuidadoso y delicado en pro de la perfección expresiva.

Los ensayos de Montalvo, de los cuales tenemos tan excelente muestra en este volumen, ofrecen una doble dimensión: unos son "pequeños cuadros cortos" que así se conservaron y otros son "unidades mayores" conformadas por el enlace elaborado de una serie de artículos de tema único. Se seleccionan escritos de *El Cosmopolita* (1866-1869), de tono romántico, impresionista y grave; de *El Regenerador* (1876-1878): "Los piratas de Guayas" y el muy conocido "Defectos de nuestra raza". Otros artículos cortos escogidos para esta selección pertenecen a *El Espectador*, escritos a partir de 1868 en Francia: "Montalvo ya está totalmente desinteresado de los temas políticos y si aparecen alguna vez, sólo lo hace incidentalmente. La influencia del periódico de Addison y Steele (*The Spectator*) es innegable en el título y en el plan de la obra, pero no en el carácter de sus artículos, muy lejanos de la severidad moral y extremada medida de los escritores ingleses", sostiene la profesora Matilde Calvo. De estos artículos breves, de estilo menos cuidado, la recopilación sólo selecciona uno: "Urcu sachá".

De las obras ensayísticas mayores —en complejidad, amplitud y calidad—, aparecen antologadas la primera parte del tratado "Los banquetes de los filósofos"; la tercera de las *Catilinarias* (obra que, según Unamuno afirma en el prólogo a la edición parisina de 1925, vale por la pasión de sus insultos: "fue la indignación lo que hizo de lo que no había sido más que un literato con la manía del cervantismo literario, un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo"); fragmentos de "La geometría moral", que se ha dado en considerar como un octavo tratado, el del amor; uno de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (el XLVI) y ese magnífico ensayo que tituló "El buscapié" (que aparece como prólogo a los *Capítulos* y que estaba incluido en la primera edición de los tratados). De otros escritos en prosa de Montalvo hay también muestra escogida: "Memorial eclesiástica" y "Un vejes-

torio ridículo". No se incluyen en esta edición —"dado el poco valor de estas obras"—, ninguno de los dramas de Montalvo.

De la presentación que hemos hecho de este libro, puede desprenderse su valor: antología completa y bien realizada de uno de los escritores *clásicos* de América, creador de una prosa de la que con justicia Rodó pudo decir que era "expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor (...), mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse".

MARCELO CODDOU P.